



Martín de Riquer, en su casa de Barcelona

VOLANDA CARDO

La Edad Media pierde a su mejor caballero: Martín de Riquer

► Decano de los académicos de la RAE, insigne medievalista y Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, falleció ayer a los 99 años en Barcelona

SERGI DORIA
BARCELONA

Martín de Riquer i Morera era un gigante de la cultura que no se podía limitar a un calificativo: doctor, maestro de filólogos, erudito medievalista... Nos quedaremos con humanista, en honor al primer libro que dio a imprenta en 1934 y que consagró, precisamente, al humanismo catalán.

Nieto del artista y escritor modernista Alexandre de Riquer y sobrino del poeta Magí Morera i Galicia, Martín de Riquer no necesita exacerbar la fantasía para componer una novela-río. Los archivos familiares -442 pergaminos de los siglos XII al XVII y 77 cajas de documentación en papel- constituyeron una mina inagotable que le permitió transitar por los ava-

tares de su apellido en un libro único: «Quince generaciones de una familia catalana». «Tenía una visión vaga de mis antepasados, pero a medida que los estudiaba me fui encontrando con personalidades curiosas, no notables. Practicaban banderías, guerras en Lérida, iban al frente: se producían asesinatos, raptos de niñas, cosas por el estilo. Me topaba con Baltasar de Riquer, que versificaba en latín, o Borja de Riquer, aficionado a la guitarra que se arruinó encargando a Boccherini conciertos suntuosísimos... O mi bisabuelo, guerrillero carlista...»

Estudioso sosegado, eludía la grandilocuencia en favor de la claridad; prefería el acervo de la ironía al comentario acerbo; cavilaba y sonreía mientras reponía el tabaco en su pipa. Protagonista del convulso siglo XX español, Martín de Riquer perteneció a la generación escindida por la guerra civil: los catalanes que fundaron en

Su legado

Los Trovadores

Estudió, reunió y recuperó la obra que cimienta la lírica amoratoria occidental: la poesía de los Trovadores que reunió, traducida y estudiada en 1975.

Catalán hispánico

Tenía una visión de la cultura catalana nunca en oposición a la castellana. Martín de Riquer siempre contempló el catalán como lengua hispánica.

Burgos la revista «Destino»: Pla, Agustí, Masoliver, Teixidor, Vergés, Fontana... Como explicó a Cristina Gatell y Gloria Soler, sus biógrafas, en aquella toma de partido pesó su familia católica de tradición carlista y el asalto y saqueo de su casa: «Me resultaba inexplicable e indignante el encarcelamiento y asesinato de algunos amigos, así como también la persecución religiosa... Le medité mucho tiempo. Pero cuando mi situación militar se hizo insostenible porque me habían quin-

tado y en cualquier momento podían pedirme la documentación en la calle y detenerme decidí marchar. Si había de combatir prefería hacerlo en el otro bando...» Cuando acabó la guerra, Martín de Riquer se aferró a su pipa perenne y a la curiosidad. Los trovadores, la materia de Bretaña o el autor de la segunda parte del Quijote constituyeron tramas detectivescas, a las que se entregó en largos veranos familiares, zambullido entre legajos.

En 1942, el patio de Letras de la Universidad de Barcelona que inspiró a Laforet su novela «Nada», era un refugio en tiempos de silencio y cartillas de racionamiento. El profesor Martín de Riquer sabía ganarse a los alumnos con una alineación poética de lujo: los trovadores Guilhem de Peitieu, Jafré Rudel, Arnaut Daniel, Ricardo Corazón de León, Bertrán de Born, Cerverí de Girona, Martí Codax, Guiraut de Bornelh o Bernart de Ventadorn. Imaginemos recitar los versos de este último un crudo invierno de posguerra: «Tanto amor tengo en el corazón, tanta alegría y dulzura que el hielo me parece flor y la nieve verdor». La recopilación de aquellas clases dio en 1975 «Los trovadores», tres libros que desarrollaban el estudio «La lírica de los trovadores» de 1948 y que Ariel recu-

Clases a Don Juan Carlos Impartió clases de literatura medieval al entonces Príncipe Juan Carlos

peró en un volumen único. Sus periplos por la literatura medieval y cer-vantina han dado una bibliografía extensa y premios como el Nacional de Ensayo y el Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales. En Martín de Riquer palpitaba el hombre que trabaja y juega. El que pasa de las trincheras y la propaganda a reconstruir una cultura abo-lida en un feudo que juzga inviolable: la Universidad. El que impartió clases de literatura medieval al entonces Prín-cipe Juan Carlos, regalaba clases espec-taculares a sus alumnos y tertulíaba con Cela o Dámaso Alonso.

Galardonado, entre otros, con los pre-mios Michel de Montaigne, Menéndez Pelayo, Nacional de Ensayo, Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales y Nacio-nal de las Letras Españolas, miembro de la Real Academia, de entre su exten-sa obra cabe destacar su edición del «Tirant lo Blanc». «Para leer el Quijote», los «Estudios sobre Arnadis de Gaula», «La leyenda del graal y temas épicos medievales», la «Chanson de Roland» o las «Poesías» de Arnaut Daniel. El «di-nerario bibliográfico de Riquer» comien-za en la literatura provenzal y pasa a la catalana con Tirant lo Blanc -una obra entonces ilegible-. Al Tirant llega por el Quijote para sumergirse después en la materia de Bretaña. En cuanto a su vi-sión de la cultura catalana, reconoce su hegemonía medieval, pero nunca en oposición a la lengua y cultura castella-na. Martín de Riquer siempre contem-pló el catalán como lengua hispánica.



LUIS ALBERTO
DE CUENCA

EL ÚLTIMO TROVADOR

Riquer nos
ha legado en sus libros
todo el sol de la
Provenza inmortal

Acaba de morir, casi centenario, el maestro Martín de Riquer. Ya forma parte de la legión de los elegidos, fuera de este mundo de

abajo, lleno de sonido y de furia, es-caso de significado. En los primeros años de posguerra publicó don Mar-tín en la colección Yunque de poesía una preciosa antología de Bernart de Ventadorn. Yo creo que fue uno de sus primeros acercamientos al mundo de los trovadores. Antes, un Riquer re-cién salido de la adolescencia, había probado la escritura dramática y se había dejado seducir por los himnos heróticos e imposibles de la Falange.

Poco después, la revista *Entregas de Poesía*, que dirigía Juan Ramón Masoliver, publicó un florilegio tro-vadresco del maestro, y en 1948, la Escuela de Filología de Barcelona, de-pendiente del CSIC, auspició la salida de un volumen titulado *La lírica de los trovadores*, que tuvo la suerte de encontrar en Roma, en la librería Tombolini, allá por 1970. Pasarían mu-chos años hasta que Riquer reuniera



Sesenta años de trabajo Durante más de sesenta años, Riquer nos fue entregando en diferentes ediciones lo mejor de los trovadores

en tres volúmenes (Planeta, 1975) la lírica provenzal, pedáneo fundamen-tal en la trayectoria de la poesía de Occidente, junto con la lírica griega arcaica, el epigrama helénistico, la elegía romana y el *Dolce Stil Novo*.

Lo mismo que los poetas del 27 bebieron de la fuente maravillosa que les proporcionaba un librito de Emilio García Gómez de 1930. *Poe-mas arábigo-andaluces*, los poetas de mi generación aprendimos a leer y a escribir poesía en las diferentes

aportaciones de Martín de Riquer al mundo de la poesía provenzal tro-vadoresca. Últimamente, aquel li-bro inicial de 1948 y aquellos tres to-mos de 1975 (varias veces reimpre-sos) se convirtieron en un grueso volumen que saludé con alborozo en las páginas de ABC. Durante más de sesenta años, Riquer nos fue en-tregando en diferentes ediciones lo mejor de los trovadores. El primero de ellos, Guillermo de Aquitania, nos reveló en una canción que su obje-tivo lírico era hacer un poema de la pura nada, inaugurando la moder-nidad. El último de los trovadores, Martín de Riquer, nos ha legado en sus libros todo el sol de la Proven-za inmortal. Tan inmortal al menos como el maestro que acaba de cru-zar el espejo y que nos deja en la gar-ganta un nudo de tristeza y de de-samparo.